

Desde este primer día nos pronosticó el cielo una feliz navegación, pues á poco de habernos alejado del puerto, se levantó un viento favorable que llenando las velas que se habían deslizado enteramente, nos hacía volar á mi entender con la mayor serenidad, pues á las cuatro horas de navegación ya no veía yo, ni con anteojos, las que llaman montañas de Oyuca, que son los cerros mas elevados del Sur y la primera tierra que se descubre desde la mar.

Esto algo me entristeció, como que sabia lo largo de la navegación que me esperaba. Tampoco dejé de marearme y padecer mis náuseas y dolor de cabeza como bicho en semejantes caminos; pero pasada esta tormenta, continué mi viaje alegremente.

CAPITULO XI.

En el que Periquillo cuenta la aventura funesta del egoísta y su desgraciado fin, de resultas de haberse encallado la nao, los consejos que por este motivo le dió el coronel y su feliz arribo á Manila.

Quando estuve restablecido de mi accidente, subí á la cubierta y ya no ví nada de tierra, sino cielo, agua y el buque en que navegábamos, lo que no dejaba de atemorizarme bastante, y mas quando interiormente reflexionaba en todos los riesgos que me rodeaban. Ya se me ponía en la cabeza una tormenta deshecha; ya una calma ó

encalladura que nos hiciera morir de hambre: ya pensaba que el barco se estrellaba en un arrecife, y cada uno de nosotros salia por su respectiva tronera á ser pasto de los tiburones y tintereras: ya temia un encuentro con algunos piratas y esperaba el temible uzafarrancho: ya creia muy fácil un descuido con el fogon, y se me representaba la embarcacion ardiendo, escurriendo el alquitran, y consumiéndose todo por la voracidad de las llamas, á pesar de las bombas, y que perdiendo el fuego el respeto á la Santa Bárbara, volábamos todos por esos aires de Dios para no volver á resollar hasta el último dia de los tiempos.

En estas funestas consideraciones y nada pánicos temores, pasaba algunos ratos del dia, hasta que al cabo de un mes, viendo que nada adverso sucedia, los fui desechando poco á poco, y haciéndome, como dicen, á las armas en tal grado, que ya me era gustosa la navegacion, pues en las noches de luna reflejaba ésta en las ondas, haciéndolas lucir como si fueran un espejo: lo que junto con los repetidos celajes que se observaban por los horizontes nos divertia bastante, y mas cuando el viento que soplaba en la popa era el que se queria para navegar aprisa y sin riesgo de nortes tempestuosos; pues entonces descansando de maniobrar los marineros, gustábamos todos ya de la conversacion de los comerciantes, oficialidad y pasagería decente que subian sobre cubierta á gozar de la hermosa noche: ya de los que tocaban y cantaban, y ya de la na-

turaliza pacífica cual se nos manifestaba en aquellos ratos.

Me acuerdo que en uno de ellos se puso á platicar conmigo un comerciante que se habia hecho mi amigo, porque habia menester la proteccion del coronel en Manila y veia la estimacion que yo disfrutaba de él. En la conversacion le conté los trabajos que habia padecido en el discurso de mi vida, exagerándolos sin motivo.

El escuchaba todo con fria indiferencia, lo que no dejó de escandalizarme; y por ver si era genial ó la afectaba, le dije: cierto que somos desgraciados los mortales; ¡cuántos males nos rodean desde la cuna, y cuántos daños no padecemos, no ya de uno en uno, sino de generacion en generacion! Y qué se le da á vd. de eso? Me dijo con mucha socarra, ¡los padece vd! No los padezco, le dije; pero me lastima que los padezcan mis prójimos, á quienes debo considerar como á mis hermanos, ó mas bien como á partes de mi mismo. ¡Oh! vaya, dijo el comerciante, vd. es uno de los muchos preocupados que hay en el mundo: ¡ya se ve! es vd. un pobre soldado que no tiene motivo de ser instruido.

No dejé de incomodarme con tal disculpa; y así le dije: quizá no soy tan lerdo como vd. supone, y podré hacerle ver que no todos los soldados son de principios ordinarios ni carecen de tal cual instruccion; y si no, dígame vd. ¿por qué me juzga preocupado? ¿Porque le dije que me dolian los males que padecia mi prójimo como si fuera mi hermano ó una parte de mi mismo? Sí señor, porque creer eso, me dijo, es una preocupacion.

Nosotros mismos somos nuestros hermanos, y harto haremos si vemos por nosotros solamente sin mezclarnos con el resto de los hombres, á no ser que nos redunde algun provecho particular de sus amistades.

Segun eso, le dije, no deberemos ser amigos sino de aquellos que nos sirvan ó nos den esperanzas de servirnos en algun tiempo. Cabalmente así debe ser, me contestó, y aquí encaja bien el refran que dice: "que el amigo que no da, y el cuchillo que no corta, que se pierda poco importa," y ya vd, ve que los refranes son evangelios chiquitos. Yo entiendo, le dije, que no todos lo son; antes hay algunos falsos de que no se debe hacer caudal, en cuyo número pongo el que vd acaba de citarme, pues habrá muchos amigos cuya amistad será utilísima aunque no den nada mas que su estimacion, sus consejos ó su enseñanza, y cierto que la pérdida de estos será sensible á quien conozca lo que valen.

Esas son pataratas, me contestó; consejos, estimacion, enseñanza y todo lo que no es dinero ó cosa que lo valga, son fantasmas agradables que solo pueden divertir muchachos, pero que no traen gota de utilidad. Yo por mí detesto de semejantes amigos; no, no me empeñaré en buscarlos y si tengo algunos sin esta diligencia, no se me dará nada de que se pierdan.

¿Conque vd. solo será amigo del que le proporcione dinero? No hay otros que merezcan mi amistad, me respondió: y las desgracias de estos las sentiré por lo que pueden tocarme, que por lo demás cada uno se rasque con sus uñas.

Escandalizado al escuchar tan infernales máximas, mudé conversacion y á poco rato me separé de su lado.

Al dia siguiente estando peinando al coronel, le conté mi anterior conversacion, y él me dijo: No te espantes. Pedro, de haber hallado tal durezza en ese comerciante, ni te escandalice su avaricia é interés. Hay muchos en el mundo que piensan y obran lo mismo que él: ese es un gran egoista y como tal, es ambicioso, cruel y adulator, vicios comunes á los que piensan que para ellos solos se hizo el mundo; pero este sugeto á mas de egoista tiene la desgracia de ser un necio, pues se jacta de sus mismos vicios y los descubre sin disfraz, que es por lo que te has escandalizado; mas sibete que este vicio está tan extendido en el mundo, que de cada cien hombres dudo que uno no sea egoista.

Ya sabes que se entiende por egoista el que se ama á sí propio con tal immoderacion que atropella los respetos mas sagrados, cuando trata de complacerse ó de satisfacer sus pasiones. Segun esto el egoismo no solo es un vicio temible, porque ha sido y es causa de cuantas desgracias han acaecido y acaecen á los mortales diariamente, sino que es un vicio el mas detestable, pues es la raíz de todos los delitos que se cometen en el mundo: de suerte que nadie es criminal antes que ser egoista. Todos pecan por darse gusto y porque se aman demasiado, que vale tanto como decir, que todos pecan porque son egoistas, y mientras mas egoistas son, por consecuencia son mas pecadores.

Estas son unas verdades que se sujetan á la demostracion, y por ella tú conocerás que pocos ó raros no son egoistas en el mundo; pero hay esta diferencia: unos son egoistas tolerables y otros intolerables. Me explicaré.

La mayor parte de los hombres ó casi todos se aman demasiado, y así el bien que hacen como el mal que dejan de hacer no reconocen mejor principio que su particular interes, por más que lo pallen con nombrecitos brillantes que aparecen mucho, y nada se halla en ellos más que follage. Esta clase de egoistas algunas veces son perjudiciales á la sociedad por esta causa, y muchas inútiles; pero como no se dejan de considerar con relacion á los demás hombres, están dispuestos á servirles alguna vez, aunque no sea más que por el vano interes de que los tengan por benéficos; y por esto digo que son egoistas tolerables.

Los otros son aquellos que haciéndose cada uno el centro del universo, se aman con tal desorden, que á su interes posponen los respetos sagrados. Para estos nada valen los preceptos de la religion, ni los más estrechos vínculos de la sangre ó de la sociedad: por todo pasan como por un puente seguro, y jamás les afectan las calamidades de los hombres. Por esta depravada cualidad son soberbios, interesables envidiosos y crueles, y por lo mismo son intolerables.

De esta clase de egoistas es el comerciante cuya conversacion te ha escandalizado justamente más por lo mismo que te repugna tal modo de pensar, has de procurar no contaminarte con

él, advirtiendo que el amor propio es habilísimo para disminuir nuestros defectos á nuestros ojos y aun para hacernos pasar por virtudes. Todos aborrecen el egoismo, y nadie cree que es egoista por más que esté tan extendido este vicio. La regla que te puede asegurar de que no lo eres, es que te sientas movido á ser benéfico á tus semejantes, y que de hecho pospongas tus particulares intereses á los de tus hermanos, y cuando te halles conaturalizado con esta máxima podrás vivir satisfecho de que no eres egoista.

De semejante manera me instruia siempre mi buen mentor, y no perdía las ocasiones que se le presentaban oportunas para el efecto: pero por desgracia entonces sembraba en tierra dura; sin embargo, á la vuelta de mis extravios muy mucho me han servido sus saludables advertencias.

Ya navegaba yo contento pensando que todo el monte era orégano y todo mar pacífico, cuando me sacó de este confiado error uno de aquellos accidentes de mar, que nos sujetan á la práctica de los mejores pilotos.

Una noche que estaba enfermo el primer piloto dió encargado el cuidado de la brújula á un segundo: que aunque diestro en el manejo del timon, era mortal, y acosado del sueño se durmió sobre el banco sin que ninguno lo advirtiera, y todos los pasajeros hicimos lo mismo con la seguridad del tiempo favorable que nos hacia.

Como dormido el pilotin, quedó el buque con la misma libertad que el caballo sin gobierno en la rienda, tomó el rumbo que quiso darle el aire, y en lo más tranquilo de nuestro sueño nos desper-

tó el bronco ruido que hizo la quilla al arrastrarse en la arena.

El primero que advirtió la desgracia fué el buen piloto, que no habia podido dormir á causa de sus dolencias. Inmediatamente desde su camarote comenzó á gritar: *orza, orza, vira á la bora que nos baramos banco, banco.*

Toda la tripulacion, el contra maestre, los pasajeros y toda la gente despertó y se pusieron á maniobrar, pero yo no alcanzaban á remediar el mal las primeras recetas que habia dictado el práctico piloto: lo más que hicieron fué amarrar el timon y recoger las lonas, con cuya diligencia no se enterró más la embarcacion.

Los que en la navegacion han exprimentado semejante lance, se harán cargo cuál sería nuestra consternacion, y más cuando luego que se advirtió la desgracia, se dió la orden de que se acortara á todos la racion de comida y bebida, lo que nos entristeció demasiado, y más á mí que comia por siete. Todos manifestaron el abatimiento de sus espíritus en la tristeza de sus semblantes.

Desde esa hora ya no hubo quien durmiera: todo era susto, y el funesto temer de morir de hambre y sed estacados en aquel promontorio de arena, era el objeto de nuestras tristes conversaciones.

Se hizo una solemne junta de los pilotos y jefes, y en ella se determinó probar cuantos medios fueran posibles para libertarnos del riesgo que nos amenazaba, y en virtud de esta resolucion se echaron al agua todos los botes y lanchas desde las cuales tiraban del buque atado con cables,

pero esta diligencia fué enteramente inútil, y á su consecuencia se determinó ejecutar la última y fué alijar ó aligerar el navío, echando al mar cuanto peso fuera bastante para que sobreaguara.

Ya se sabe que la nao de China á su regreso de Acapulco no lleva más carga que víveres y plata: en esta virtud, supuesto que los víveres no se debian echar al agua, el decreto recayó sobre la plata. Se separó el caudal del rey, que llaman *situado*, y los marineros comenzaron á tirar baules y cajones de dinero, segun que los cogian sin ninguna distincion.

Mi maestro y gefe abrió sus baules, sacó sus papeles y dos mudas de ropa, y él mismo junto conmigo dió con ellos en la mar, sirviendo su ejemplo de un poderoso estímulo para que casi todos los señores oficiales y comerciantes hicieran lo mismo, si no alegres, porque nadie podia hacer este sacrificio contento, á lo ménos conformes, porque no habia esperanzas de libertar la vida de otra manera.

Mi coronel animaba á todos con prudencia y jovialidad. Luego que el barco comenzó á moverse y aligerarse, hizo suspender la maniobra un corto rato, que destinó para que tomara la gente un poco de alimento y un trago de aguardiente, lo cual concluido, continuó la faena con el mismo fervor que al principio.

Mi jefe ya no tenia que perder, pues hasta su catre, que era de acero, lo habia echado al agua, y así sus exhortaciones iban precedidas del ejemplo, y por consiguiente sacaban el mejor fruto.

Sobran minas, amigos, decia en el fervor de al

fatiga; con poco basta al hombre para vivir: los créditos de vds. quedan seguros en este caso y libres de toda responsabilidad; lo único que se pierde es la ganancia; pero con el sacrificio de esta compramos todos nuestra futura existencia. Compraremos la vida con el dinero, y veremos que la vida es el mayor bien del hombre, y el primero á cuya conservacion debemos atender; y el dinero, los pesos, las onzas de oro, no son mas que pedazos de piedra beneficiados, sin los cuales puede vivir el hombre felizmente. Ea, pues, seamos liberales cuando nada perdemos: compramos nuestras vidas y las de tantos pobres que nos acompañan á costa de una tierra blanca ó amarilla, ó llámese metales de oro y plata, y no querramos perecer abrazados de nuestros tesoros como el codicioso Crespo.

Con estas y semejantes exhortaciones avaloraba mi amado coronel los ánimos decaídos de los que veían sepultada la utilidad de sus sudores en el abismo profundo de la mar; y así echando cada uno, como dicen, pecho por tierra, trabajaba en destruirse y asegurarse al mismo tiempo, arrojando al mar sus respectivos caudales, señalando el lugar con unas boyas, pero no bien hubieron tocado los baules y cajones del egoísta (que veía frescamente la escena sentado sobre ellos) cuando juró, perjuró, blasfemó, ofreció galas considerables, é hizo cuantas diligencias pudo por librar sus intereses; pero no le valió: los marineros, gente pobre y que en estos casos no respeta rey ni Roque, lo hicieron á un lado, y arrojaron al mar sus baules y cajones.

Quizá estos eran los mas pesados que llevaba el buqué, pues luego que se vió libre de ellos comenzó á sobri-aguar, y espiando el barco por la popa con el anclote esperanza y la ayuda del cablestante salimos á mar libre y se desencajó del banco en un momento.

No es posible ponderar el regocijo que ocupó los corazones de todos al verse libres de un riesgo del que pocas navegaciones escapan, y mas que ya muchos habíamos creído morir de hambre. Solo el práctico flojo y el miserable egoísta estaban ocupados de la mayor melancolía, que en este último pasó á la mas funesta desesperacion, pues cansado de llorar, jurar, renegar y desmearse, viendo que el barco se apartaba del lugar donde dejaba su tesoro, lleno de rabia y ambicion dijo: ¿para qué quiero la vida sin dinero? Y diciendo y haciendo se arrojó al mar sin que lo pudiéramos estorbar ninguno de cuantos estábamos á su lado.

En vano fué la diligencia de echar al agua una guindola, pues como no sabia nadar, en cuanto cayó se fué á plomo y desapareció de nuestra vista, dejándonos llenos de compasion y espanto.

El piloto que no soltába la sonda de la mano, cuando se vió fuera de los bancos y en lugar proporcionado, hizo fondear la nao y asegurarla con las anclas; se recogieron las velas, se amarró el el timon, y se echaron al mar todos los esquifes, botes y lanchas que llevábamos, y tripulándose con la gente mas útil y algunos buenos buzos, se embarcó con ellos y fué á tentar la restauracion de los caudales, lo que consiguió con tan feliz éxi-

to, que ayudado del tiempo sereno que corría, á las veinticuatro horas ya estaban en el navio todos los baules y cajones de plata que se habian tirado, hasta los del infeliz y avaro egoista, cuyo cuerpo tuvo menos suerte que su dinero, y quien sabe si su alma la tendria mas desgraciada que su cuerpo.

Reembarcados los intereses en el navio y reconocidos por sus dueños por las respectivas marcas, se hizo una general promesa á María Santísima en muy justa accion de gracias por tanto beneficio, y tomada razon de los cajones y baules que pertenecian al egoista, se entregaron en depósito al coronel para que los pusiera en manos de su desgraciada familia, que era mas digna de poseerlos.

A los quince ó veinte dias de este suceso fué el de la Inmaculada Concepcion de la Reina de los ángeles, patrona de las Españas, con cuyo motivo se empavesó el barco y hubo todo el dia una repetida y solemne salva de artillería, lo que me causó una agradable sorpresa, como causa á cualquiera que por la primera vez ve una embarcacion llena de gallardetes y banderas de diversos colores y figuras, que denotan las de cada nacion, y las de las señas particulares que usan en el mar. A mas de eso, al verlas colocar y quitar casi á un tiempo me causó no poca admiracion, aunque yo no la manifesté, pues ya el coronel me habia dicho, que manifestar con vehemencia nuestra admiracion por cualquier cosa, era señal de tontos, lo mismo que ver las cosas mas raras con una indiferencia de mármol.

Este hombre cuya memoria se perpetuó en la mia, no perdía, como he dicho, las ocasiones de instruirme, y según su leable sistema, que jamás seré bastante á agradecer, un dia que lo peinaba, se acordó del desgraciado fin del egoista y me dijo: ¡te acuerdas, hijo, del pobre de Don Anselmo! ¡Pobrecito! El que se echó al mar y perdió la vida, y quizás el alma, por la falta de su dinero. ¡Ah dinero funesto, motivo de la ruina temporal y eterna de los hombres! Dias há que un gentil llamó neciamente tagrada [mejor habiera dicha maldita] la hambre del oro, y exclamó que ¿á qué no obligaria á los mortales? Hijo: nunca sean la plata ni el oro los resortes de tu corazon: jamás la codicia del interés sea el eje sobre que se mueva tu voluntad. Busca el dinero como medio accidental, y no como el único ni el necesario para pasar la vida. La liberal sabiduría de Dios cuando crió al hombre lo provejó de cuanto necesitaba para vivir sin acordarse para nada del dinero: séame licita esta expresion para que me entiendas; crió Dios en la naturaleza todo lo necesario para el hombre, menos pesos acuñados en ninguna casa de moneda, prueba de que éstos no son necesarios para su conservacion.

Mientras el hombre se contentó con atender á sus necesidades con solo los auxilios de la naturaleza, no extrañó para nada el dinero, pero despues que se entregó al lujo, ya le fué preciso valerse de él para adquirir con facilidad lo que no podia conseguir de otra manera.

Yo no condeno el uso de la moneda: conozco las ventajas que nos proporciona; pero me agra-

da mucho el pensamiento, de los que han probado que no consisten las riquezas en la plata, sino en las producciones de la tierra, en la industria y en el trabajo de sus habitantes; y tengo por una imprudencia el empeño con que buscamos las riquezas de entre las entrañas de la tierra, desdiciéndonos de recogerlas de su superficie con que tan liberal nos brinda. Si la felicidad y la abundancia no vi-ne del campo, dice un sabio inglés, es en vano esperarla de otra parte.

Muchas naciones han sido y son ricas sin tener una mina de oro ó plata, y con su industria y trabajo saben recoger en sus senos el que se extrae de las Américas. La Inglaterra, la Holanda y el Asia son bastantes pruebas de esta verdad; así como es evidente que las mismas Américas que han vaciado sus tesoros en la Europa, Asia y Africa están en un estado deplorable.

Poseer estos preciosos metales sin mas trabajo que sacarlos de los peñascos que los cubren, es en mí entender una de las peores plagas que puede padecer un reino; porque esta riqueza, que para el comun de los habitantes es una ilusión agradable, despierta la codicia de los extranjeros, y enerva la industria y laborio de los naturales.

No son estas proposiciones metafísicas, antes tocan las puertas de la evidencia. Luego que en alguna parte se descubren una ó dos minas ricas, se dice estar aquel pueblo en bonanza, y es precisamente cuando está peor. No bien se manifiestan la vetas cuando todo se encarece; se aumenta el lujo: se llena el pueblo de gentes extra-

ñas, acaso las mas viciosas: corrompen estas á las naturales: en breve se convierte aquel Real en un teatro escandaloso de crímenes: por todas partes sobran juegos, embriagueces, riñas, heridas, robos, muertes y todo género de desórdenes. Las mas activas diligencias de la justicia no bastan á contener el mal ni en sus principios. Todo el mundo sabe que la gente minera es por lo regular viciosa, provocativa, soberbia y desperdiciada.

Pero se dirá que estos defectos se notan en los operarios. Conque no me nieguen esto que es mas claro que la luz, me basta para probar lo que quiero.

A mas de lo dicho, en un mineral en bonanza ó escasean los artesanos, ó si hay algunos, se hacen pagar con exorbitancia su trabajo. Los labradores se disminuyen, ó porque se dedican al comercio de metales, ó porque no hay jornaleros suficientes para el cultivo de la tierra, y cátao ahí que dentro de poco tiempo aquel pueblo tiene una subsistencia precaria y dependiente de los comarcianos.

Los muchachos pobres, que son los mas, y los que algun dia han de llegar á ser hombres, no se dedican ni los dedican sus padres á aprender ningun oficio, contentándose con enseñarlos á acarrear metales, ó á espulgar las tierras, que vale tanto como enseñarlos á ociosos.

Este es el cuadro de un mineral en bonanza; su decantada riqueza se halla estancada en dos ó tres dueños de las minas, y el resto del pueblo apenas subsiste de sus migajas. Yo he visto fa-

milias pereciendo á las orillas de los mas ricos minerales.

Esto quiere decir, que á proporcion de lo que sucede en un pueblo mineral, sucede lo mismo, y con peores resultados en un reino que abunda en oro y plata como las Indias. Por veinte ó treinta poderosos que se cuentan en ellas, hay cuatro ó cinco millones de personas que viven con una escasa medianía y entre estos muchas familias infelices.

Si no me engaño, la razon de paridad es la misma en un reino que en un pueblo; y si desde un pueblo desciende la comparacion á un particular, se han de observar los mismos efectos procedentes de las mismas causas. Hagamos una hipótesis con dos muchachos bajo nuestra absoluta direccion que se llamen uno «Pobre» y el otro «Rico» que á este lo eduquemos en medio de la abundancia, y á aquel en medio de la necesidad. Es claro que el rico como que nada necesita, á nada se dedica y nada sabe; por el contrario, el pobre, como que no tiene ningunos auxilios que lo lisongeen, y por otro lado la necesidad lo estrecha á buscar arbitrios que le hagan menos pesada la vida, procura aplicarse á solicitarlos, y lo consigue al fin á costa del sudor de su rostro. En tal estado supongamos que al muchacho rico acaece alguna desgracia de aquellas que quitan este sobrenombre al que tiene dinero, y se ve reducido á la última indigencia. En este caso, que no es raro, sucede una cosa particular que parece paradoja: el rico queda pobre y el pobre queda rico; pues el muchacho que fué rico es mas

pobre que el muchacho pobre, y el muchacho que nació pobre es mas rico que el que lo fué, como que su subsistencia no la mendiga de una fortuna accidental, sino del trabajo de sus manos.

Esta misma comparacion hago entre un reino que se atiende á sus minas y otro que subsiste por la industria, agricultura y comercio. Este siempre florecerá, y aquel caminará á su ruina por la posta.

No solo el reino de las Indias, la España misma es una prueba cierta de esta verdad. Muchos políticos atribuyen la decadencia de su industria, agricultura, carácter, (1) poblacion y comercio, no á otra causa que á las riquezas que presentaron sus colonias. Y si esto es así, como lo creo, yo aseguro que las Américas serian felices el día que en sus minerales no se hallara ni una sola vena de plata ú oro. Entonces sus habitantes recurririan á la agricultura, y no se verian como hoy tantos centenares de leguas de tierras baldías, que son por otra parte feracísimas: la dichosa pobreza alejaria de nuestras costas las embarcaciones extranjeras que vienen en pos del oro á vendernos lo mismo que tenemos en casa; y sus naturales, precisados por la necesidad, fomentariamos la industria en cuantos ramos la divide el lujo ó la comodidad de la vida: esto seria bastante para que se aumentaran los labradores y artesanos, de cuyo aumento resultarían infinitos matrimonios que no contraen los que aho.

1. Entiéndese aquel antiguo vigor y desprecio del lujo que no son cuieron los Godos, Visogodos, etc.

ra son inútiles y vagos; la multitud de enlaces produciría naturalmente una numerosa población que extendiéndose por lo vasto de este fértil continente, daría hombres apreciables en todas las clases del estado: los preciosos efectos que cuasi privativamente ofrece la naturaleza á las Américas en abundancia, tales como la grana, algodón, azúcar, cacao, etc. etc., serian otros tantos renglones riquísimos que convidarian á las naciones á entablar con ellas un ventajoso y activo comercio, y finalmente un sinnúmero de circunstancias que precisamente debían enlazarse entre sí, y cuya descripción omito por no hacer mas prolija mi digresion, harian al reino y su metrópoli mas ricos, mas felices y respetados de los émulos que lo han sido desde la época de los Corteses y Pizarros.

No creas que me he desviado mucho del asunto principal adonde dirijo mi conversacion. Esto que te he dicho es para que adviertas que la abundancia de oro y plata está tan lejos de hacer la verdadera felicidad de los mortales, que antes ella misma puedè ser causa de su ruina mortal, así como lo es de la decadencia política de los estados, y por tanto no debemos ni hacer mal uso del dinero, ni solicitarlo con tal afan, ni conservarlo con tal anhelo, que su pérdida nos cause una angustia irreparable, que tal vez nos conduzca á nuestra última ruina, como le sucedió al necio D. Anselmo.

Este desgraciado creyó que toda su felicidad pendía de la posesion de unos cuantos tepalcates brillantes: perdiólos en su concepto: la negra tristeza

se apoderó de su avaro corazon, y no pudiendo resistirla, se precipitó al mar en el exceso de su desesperacion perdiendo de una vez el honor, la vida, y plegue á Dios no haya perdido el alma.

Este funesto suceso lo presenciaste, y jamás te acordarás de él sin advertir que el oro no hace nuestra felicidad; que es un gran mal la avaricia, y que debemos huirla con el empeño posible.

No pienses por esto que te predico el desprecio de las riquezas con aquel arte que muchos filósofos del paganismo, que hablaban mal de ellas por vengarse de la fortuna que se les habia manifestado escasa. Ni menos te recomendaré ensalzando sobre las nubes la pobreza, cuando yo gracias á Dios no la padezco. No soy un hipócrita: quédese para Séneca decir en el seno de la abundancia: "que es pobre el que cree que lo es: que la naturaleza se contenta con pan y agua, y para lograr esto nadie es pobre: que no es ningún mal sino para el que la rehusa," y otras cosas á este modo que no le entran, como dicen, de dientes adentro; pues en la realidad al tiempo que escribia esto disfrutaba la gracia de Neron, era querido de su mujer, poseía de grandes rentas, habitaba en palacios magníficos y se recreaba en deliciosos jardines.

¡Qué cosa tan dulce, dice un autor, es moralizar y predicar virtud en medio de estos encantos! Pretender que el hombre mortal, viador y rodeado de pasiones sea entranamente perfecto, es una quimera. La virtud es mas fácil de ensalzarse que de practicarse, y los autores pintan al hombre no como es, sino como debe ser; por eso tra-

tamos en el mundo pocos originales cuyos retratos manejamos en los libros. El mismo Séneca penetrado de esta verdad llega á decir: *que es imposible hallar entre los hombres una virtud tan cabal como la que él proponia, y que el mejor de los hombres era el que tenia menos defectos. In optimo est minimè malus.* Así es que yo ni exijo de tí un desprecio total de los bienes de fortuna, ni menos te exhorto á que abracés una pobreza holgazana (1). Si un brillante estado de opulencia pone al hombre en el riesgo de ser un esclavo por la facilidad que tiene de satisfacer sus pasiones; el miserable estado de la pobreza puede reducirlo á cometer los crímenes mas viles.

Estoy muy lejos de decirte que la pobreza hace sabios virtuosos, como decia Horacio á Floro; menos te diré que el mas pobre es mas feliz como que vive mas libre é independiente, como he oido decir á muchos que envidian la suerte del pobre cargador; me acuerdo de la graciosa definicion que da Juvenal en la Sat. III de la decantada libertad del pobre, y no la envidia. Dice este genio festivo que *su libertad consiste en pedir perdón al que lo ha injuriado, y en besar la mano que lo golpea para poder escapar con algunos dientes en la boca.* ¡Grandes privilegios tiene la libertad de esta clase de pobres! A lo que se puede agregar su ninguna vergüenza y una re-

1. Con esta expresion dió á entender al coronel que no hablaba de pobreza evangélica, la que siempre es recomendable, pero no es para todos, pues no todos tenemos aquella disposicion de espíritu que requiere.

gnacion de mármol para sufrir las incomodidades de la vida; pero de esta pobreza debes huir,

Yo lo que te aconsejo es que no hagas consistir tu felicidad en las riquezas: que no las desees, ni las solicites con ansia; y tenidas, que no las adores ni te hagas esclavo de ellas; pero tambien te aconsejo que trabajes para subsistir, y últimamente, que apetezcas y vivas contento con la medianía, que es el estado mas oportuno para pasar la vida tranquilamente.

Este consejo es sabio y dictado por el mismo Dios en el cap. 80, v. 9 de los Proverbios, en boca de aquel prudente que decia: «Señor, no me desis ni pobreza ni riquezas: concededme solamente lo necesario para pasar la vida; no sea que en teniendo mucho me ensoberbezca y os abandone diciendo: ¡quién es el Señor! O que viéndome afligido por la pobreza me desespere y hurte y vulnere el nombre de mi Dios perjurando. . . .»

Aquí llegaba el coronel, cuando interrumpió su conversacion el palmoreo y vocería de los grumetes y gente del mar que gritaban alborozados sobre la cubierta: *tierra, tierra.*

Al eco lisongero de estas voces, todos abandonaron lo que hacian, y subieron unos con anteojos y otros sin ellos para certificarse por su vista ó por la agena, de si era realidad lo que habian anunciado los gritos de los muchachos.

Cuanto mas avanzaba el navío sobre la costa, mas se aseguraban todos de la realidad, lo que fué motivo para que el comandante mandara dar aquel dia á la tripulacion un buen refresco y racion doble, que recibieron con mayor gusto cuando el piloto, que ya estaba restablecido, aseguró

que con la ayuda de Dios y el viento favorable que nos hacia, al dia siguiente desembarcamos en Cavite.

Aquella noche y el resto del dia prefijado pasò en cantos, juegos y conversaciones agradables, y como á las cinco de la tarde dimos fondo en el deseado puerto.

La plana mayor comenzó á desembarcar en la misma hora, y yo logré esta anticipacion con mi jefe. Al dia siguiente se verificò el desembarque general, y concluido, trataron todos de pasar á Manila que era el lugar de su residencia, siendo de los primeros nosotros como que el coronel no tenia conexiones de comercio que lo detuvieran.

Llegamos á la ciudad: entregó mi coronel la gente forzada al gobernador: puso los caudales del egoista en manos de su familia, ocultándose con prudencia el triste modo de su muerte y nos fuimos para su casa, en la que le serví y acompañé ocho años que eran los de mi condena, y en este tiempo me hice de un razonable capital por sus respetos.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE DEL TOMO III.

	Páginas.
CAPITULO I.—En el que refiere Periquillo cómo se acomodó con el Dr. Purgante, lo que aprendió á su lado, el robo que le hizo, su fuga y las aventuras que le pasaron en Tula, donde se fingió médico.....	5
CAPITULO II.—Cuenta Periquillo varios acaecimientos que tuvo en Tula, y lo que hubo de sufrir al señor cura.....	36
CAPITULO III.—En el que nuestro Perico cuenta cómo concluye el cura su sermón, la mala mano que tuvo en una peste y el endiablado modo con que salió del pueblo, tratándose en dicho capítulo por vía de intermedio algunas materias curiosas.....	56